

Sanar el corazón

Entre niños. niñas no hay prejuicios. No conocen la malicia. Les basta la mirada del corazón para comenzar a dialogar, jugar, intercambiar. Rápidamente se comunican, dijéramos, se conocen, se aceptan, se toleran, se perdonan. No son perfectos, son felices. Al menos, deberían serlo. La maldad va en relación directa de la conquista de esta felicidad. Viven en el continente enorme de la bondad, del compartir.

Este es un mundo de ensueños. Cuando crecen chocan con la realidad: Sufrimiento, abandono, intolerancia, mezquindad. Van apareciendo los dos mundos que construyó el maniqueísmo: El del bien y el del mal, confrontados en choque permanente y en el cual, ellos/as son las víctimas. Y van apareciendo, regadas en el camino, las huellas sangrantes del egoísmo, la envidia, el miedo, el poder.

Y aparece ya desde los inicios de la humanidad, un personaje que todos llevamos dentro: El enemigo. Puedo ser yo, puedes ser Tú, podemos ser todos/as. Es una batalla campal. Nacen las leyes que, en su normativa general, son para contener o destruir al enemigo. La Ley del Tali3n nos pide aniquilarlos. El Evangelio nos exige perdonarlos. Ahí est3 la novedad. Tambi3n la diferencia. Esto habla de la anchura del coraz3n.

No nos digamos mentiras: Somos nosotros, gentes de todos los pueblos, razas, culturas, religiones quienes hemos armado el l3o de construir un mundo amasado en el mal. El Evangelio nos habla de una levadura que podr3a ser la clave para recrear este mundo: El amor. Pero el amor exige un h3bitat sano, fresco, 'conversable', alegre: El coraz3n. Un coraz3n capaz de acoger lo plural, lo diverso, lo diferente.

Cochabamba 19.02.23

jes3s e. osorno g. mxy

jesus.osornog@gmail.com